

se turbaba y quedaba indecisa en el momento de dar el último paso. Además, era el jefe de un pueblo cuyos destinos religiosos estaban ligados a los de su rey, y no sabía de qué manera acogerían sus guerreros la nueva doctrina. Acabó, sin embargo, por someter a un consejo las dudas que le atormentaban, y entonces se abrió, en aquel aerópago de Northumberland, la célebre deliberación cuyas peripecias nos narra Beda. ¿El pueblo de Northumberland abrazará el cristianismo o permanecerá en la idolatría? Tal fué la pregunta que los hombres graves de la nación, reunidos bajo la presidencia de su rey, tuvieron que resolver en la sesión más solemne que haya celebrado jamás en el suelo de Inglaterra un *witenagemot* anglosajón. ¡Escena augusta y sublime en que, durante algunas horas, los destinos de un gran pueblo, y quizá el porvenir del cristianismo en el mundo entero, estuvieron en suspenso y fueron decididos por un puñado de bárbaros! Han pasado para siempre a la historia de la civilización las palabras del anciano que dió el golpe de gracia a las vacilaciones del soberano:

“He aquí, oh rey, cómo me figuro la vida del hombre en comparación con la eternidad que es para nosotros un misterio. Cuando en el invierno estás sentado a la mesa con tus jefes y servidores, el fuego arde en medio de la sala y un suave calor se difunde por toda ella, mientras que al exterior se dejan sentir los crueles torbellinos de la lluvia o de la nieve. Se ve entonces, a veces, a algún pajarillo que atraviesa con rápido vuelo toda la sala, entrando por una puerta y desapareciendo por otra; durante este corto trayecto está al abrigo de los furiosos de la tempestad, pero ese instante de serenidad sólo dura un poquito, y muy pronto, huyendo de tus ojos, huído del invierno, vuelve a entrar de nuevo en el invierno. Así es la vida humana: brilla un instante e ignoramos lo que le ha precedido y lo que la seguirá. Si la nueva doctrina nos trae un poco más de certidumbre, merece que la abracemos”¹.

Estas palabras abren dignamente los fastos de la elocuencia parlamentaria inglesa, y se comprende la rapidez de los progresos del cristianismo entre gentes que eran capaces de tales acentos. Sólo se necesitaron noventa años para que el Evangelio conquistase los ocho pueblos; el reino de Essex se convirtió poco después que el de Kent, el de Wessex en el año 634, el de Estanglia hacia la misma fecha y el de Mercia alrededor del 656. Los últimos paganos fueron los del reino de Sussex, que estaba separado del resto de Inglaterra por la vasta selva de Anderida, y los de la isla de Wight; pero en

¹ BEDA, *Hist. eccl. Angl.*, II, 12.

el 688 el rey Etelwaldo recibió el bautismo, y desde entonces todas las naciones anglosajonas se encontraron unidas bajo la autoridad de la Iglesia. Una breve reacción pagana estalló en cada reino al día siguiente de la conversión, pero en estas violencias pasajeras se ve sólo la última convulsión del paganismo agonizante. El único peligro serio que corrió el cristianismo anglosajón vino de Mercia, aquel poderoso reino de la Inglaterra central, en donde Penda, el matador de reyes, se había erigido en vengador del paganismo; pero la muerte de aquel terrible guerrero puso fin a la crisis, y el trabajo de apostolado pudo cumplirse en paz bajo los auspicios de sus sucesores.

De las montañas de Escocia, los sacerdotes escotos, más generosos que los bretones, acudieron a asociarse a las fatigas de los misioneros extranjeros y a tomar parte importante en el establecimiento de la fe en Nortumbria. Fertilizado a la vez por tantos obreros, que eran animados por la protección de los príncipes y la simpatía de los pueblos, el suelo de la antigua Bretaña vió revivir cristiandades más florecientes que en tiempo de la dominación romana. Un profundo sentimiento religioso alentaba a aquellas jóvenes Iglesias septentrionales, distinguiéndose por su amor ardiente hacia la sede de Roma; fundaban colonias sajonas en la Ciudad Eterna, llevaban todos los años a ella el tributo de su reconocimiento, y sus hijos más ilustres iban a morir, ceñido el sayal monástico, cerca del sepulcro de San Pedro. La Inglaterra cristiana, nacida apenas al Evangelio, se adelantaba a las otras naciones, hermanas mayores suyas, y no terminaba aún el siglo VII cuando podía enviar ya sus propios apóstoles más allá de los mares para devolver al continente el beneficio de la fe que de él había recibido.

Entre la conversión del pueblo franco y la de las naciones anglosajonas se había concretado una larga serie de triunfos para la Iglesia católica. A la civilización franca, fundada por los obispos, y al cristianismo británico, llamado a la existencia por el Pontificado, venían a añadirse de año en año las cristiandades que sacaba de la nada el celo de los misioneros irlandeses, aquellos voluntarios intrépidos y entusiastas del ejército de Cristo. Irlanda ocupaba en los fastos del siglo VI un lugar único que ninguna otra nación podía disputarle, y que bastaría por sí solo para determinar la grandeza de su historia. Civilizada muy temprano por un apóstol, cuyo nombre resume sus recuerdos más queridos, y protegida contra los cataclismos del continente por dos mares, era en esta época el paraíso perdido de la vida cristiana. En sus inmensos monasterios, algunos de los cuales, como

los de Bangor y Clonard, contaban una población de tres mil monjes, reinaba entonces una actividad intelectual que no tenía similitud en ningún lugar del continente. Había recibido de manos de la Iglesia, con el beneficio de la fe, el tesoro de las letras antiguas, y fecundó ambos legados con el celo estudioso y el ardor que empleó en explotarlos. Desde Bretaña, y aun desde más lejos, iban a copiar sus libros y a estudiar con sus maestros ¹.

Pero Irlanda no se dormía sobre su felicidad; quiso ser, y lo fué, el seminario de las misiones europeas en una época en que el cristianismo apenas nacía en los pueblos germánicos y necesitaba auxiliares para ultimar sus conquistas. Ella fué quien se los dió; todos los años salían de la isla sagrada enjambres de monjes que llevaban a lo lejos la miel de la palabra evangélica. En el mismo mar de Irlanda, como si obedeciesen a la acción misteriosa de una doble corriente, se dividían en dos grupos que el espíritu de Dios llevaba en direcciones opuestas hacia el norte y hacia el sur. El historiador puede seguir el itinerario de aquellas legiones apostólicas por el surco luminoso que ha dejado su paso a través de las naciones. Por la parte del norte, el rayo de luz salido de Irlanda iba a caer sobre las costas brumosas de Caledonia y de sus islas, y hacía brillar el esplendor de la civilización sobre los antiguos pueblos célticos, ateridos con el frío de la barbarie. Por la parte del sur penetraba a través del crepúsculo de la civilización franca, avivaba la fe lánguida de Bélgica y Borgoña, disipaba las tinieblas religiosas de Suiza y de Alemania, y, como si hubiese querido volver al manantial de la luz, iba a arrojar sus últimos destellos más allá de los Apeninos, en el propio corazón de Italia.

Dos hombres aparecen a la cabeza de las falanges apostólicas de la isla de los santos; ambos jóvenes, instruidos y de raza distinguida, renuncian a su patria para consagrarse a la salvación de las almas; ambos, ascetas severos y observadores rigurosos de la disciplina monástica, pero amantes apasionados de la poesía, alegran con la suavidad de sus versos los austeros trabajos del apostolado; ambos, obreros infatigables del Evangelio, no cesan de edificar y de instruir, dejando civilización allí donde habían encontrado barbarie. Tal ha sido la semejanza de estos dos ilustres representantes de la raza céltica, que la historia los confunde a menudo uno con otro, sin saber distinguir ni aun sus nombres.

Colombano el mayor, que fué el apóstol del Norte, es el creador de la civilización escocesa. Durante los treinta y cuatro años que le

¹ BEDA, *Hist. eccl., Angl.*, III, 27; V, 9 y 10.

vemos navegar por el mar y los lagos de Caledonia, no cesó de trabajar en esta gran obra; encontró allí un reino de escoceses medio cristianos: completó su conversión, dió la unción real a su soberano, y por su intervención se emancipó de la dependencia de la madre patria, Irlanda. El reino de los pictos era aún enteramente pagano y completamente bárbaro: Colombano bautizó a su rey, convirtió la nación, la cubrió de iglesias, triunfó de la resistencia de sus druidas y la introdujo finalmente en la Iglesia católica. El célebre monasterio de Iona, fundado por él en medio de las tempestuosas soledades del Atlántico, se convirtió en la metrópoli religiosa de Escocia; él mismo, como un patriarca antiguo, y sin tener en la jerarquía eclesiástica otro grado que el de simple sacerdote, ejercía sobre todo el país una autoridad excepcional, cuya carga transmitió a sus sucesores. Cuando aquel gran hombre murió (año 597), había nacido una noble nación, y la familia de los pueblos católicos contaba con un miembro más.

Colombano el mayor había sido el apóstol de los mares; Colombano el menor fué el de los bosques. Llevó éste a las profundidades más enmarañadas de la vieja Europa la antorcha del apóstol y el hacha del desbrozador; hacía allá se encamina este infatigable peregrino a través de las ruinas de la civilización antigua y de los desiertos de la barbarie primitiva, buscando en vano una soledad que huye ante él. Luxeuil en Borgoña, San Gall en Suiza y Bobio en Italia, que son las tres etapas de su viaje a través del continente, señalan otras tantas creaciones fecundas y duraderas del genio civilizador. Si, como San Martín, fué rudo demoleedor de ídolos, también fué poderoso edificador, y hasta el fin de su carrera se le vió llevar con sus manos ya débiles las piedras que habían de servir para levantar su monasterio de Bobio. Murió en una gruta junto a las rocas del Trebia, pero durante todo el curso de su vida mortal no dejó de mezclarse a las tempestades del mundo, y ninguna voz ha resonado sobre la cabeza de los reyes prevaricadores con acentos más irritados que la suya.

Durante el mismo siglo, la Iglesia había visto palidecer y extinguirse completamente la estrella del arrianismo. De entre los pueblos que lo profesaban, unos, sus defensores más obstinados, habían sido exterminados con él; otros, como advertidos por instinto certero, se habían refugiado en los brazos de la Iglesia rompiendo su solidaridad con la herejía homicida. Ya hemos visto cómo, a punto de perecer a los golpes de sus vecinos, los burgundios de la Galia, y algún tiempo después los suevos de España, habían honrado su ago-

nía volviendo sinceramente a la fe de sus antepasados. En el año 587 le tocó al gran reino de los visigodos retractarse solemnemente a los pies del Verbo coeterno.

Este pueblo, establecido en medio de poblaciones ortodoxas, se había entregado muchas veces a aquella fiebre persecutoria que fué el rasgo característico de la secta arriana, y una recrudescencia de fanatismo acababa de manchar el reinado de Leovigildo, por otra parte tan ilustre. Por última vez le fué dado a la agonizante herejía el saciar su furor en los obispos y sacerdotes católicos; las iglesias fueron despojadas, las sedes episcopales quedaron vacantes, y la jerarquía se vió amenazada de una extinción gradual, que hubiera tenido como consecuencia la desaparición de la religión misma. Para apresurar este resultado, los obispos arrianos no se habían avergonzado, en reuniones patrocinadas por los reyes, de disfrazar bajo toda clase de reticencias y de equívocos las diferencias doctrinales que separaban al arrianismo de la fe católica, para atraer así a la apostasía, mediante la astucia, a aquellos a quienes no se podía vencer por la persecución. De esta manera pensaban poder realizar entre los visigodos aquella unidad religiosa que era condición indispensable de la unidad nacional.

Pero sus esperanzas quedaron frustradas por los acontecimientos. La Iglesia católica de España, rica en virtudes y talentos y teniendo por dirigentes a prelados como San Leandro de Sevilla, desafiaba todos los asaltos de la herejía; el perseguidor la vió entrar muy pronto victoriosa en su propia casa, para arrebatarse a su hijo y heredero, Hermenegildo. La muerte fué para el joven príncipe el premio de su valor, porque cayó mártir de su fe más bien que víctima de su rebelión; pero puede decirse que bautizó con su sangre al pueblo visigodo, puesto que al año siguiente su hermano Recaredo, al tomar posesión del trono, hacía reinar con él a la religión católica. El concilio nacional de Toledo (año 589), en el que toda la nación visigótica, representada por sus jefes políticos y religiosos, hizo profesión pública de fe católica, es uno de los actos más imponentes de la historia de la civilización. Jamás pueblo alguno ha celebrado con Jesucristo pacto más solemne ni ha vuelto a la unidad católica con gozo más completo. Aparte de algunas rebeliones impotentes en que ambiciones particulares se sirvieron de la máscara de la religión, este abandono del antiguo culto nacional se hizo sin resistencia ni protestas. El arrianismo sucumbió bajo el desprecio y la indiferencia de sus propios partidarios, en cuanto dejó de estar sostenido por el Estado. En esta ocasión, como en muchas otras, la Iglesia fué benigna

para los vencidos; ningún rigor manchó su triunfo, y la secta de Arrio, que había hecho tantos mártires, no contó ninguno en su seno.

Hacia la misma época ocurrió el retorno de los lombardos a la unidad católica; los reyes Autari y Agilulfo, al abandonar públicamente el arrianismo para aceptar la fe ortodoxa, dieron el golpe de muerte a la herejía y completaron la serie contemporánea de los triunfos de la Iglesia. Los retornos fueron aquí más individuales que en España, pues aún vemos al rey Rotario, nieto de Agilulfo, guardar fidelidad a las doctrinas de Arrio, o quizá volver a ellas por preocupaciones de orden político¹. Pero la suerte estaba ya echada, y el arrianismo expiraba en todas partes a la vez, después de haber inoculado a las naciones que se habían entregado a él un virus del que debían perecer. No les fué posible a los visigodos desembarazarse de la enervadora anarquía que llevaba consigo su detestable ley de sucesión al trono, ni a los lombardos reconciliarse sinceramente con los jefes supremos de la Iglesia, amenazados siempre por las feroces ambiciones de aquéllos. Concebidos en el pecado original del arrianismo, estos dos reinos no habían nacido viables, si se puede emplear esta frase vulgar; eran un verdadero anacronismo en medio de la Europa católica, y no pudieron subsistir más que hasta el siglo VIII, que vió irse a pique a ambos a consecuencia de una sola batalla. Pero después del hundimiento de sus edificios políticos, el principio civilizador a que se habían acogido reparó en ellos las ruinas causadas por la herejía y reconstruyó su existencia nacional con arreglo a planes totalmente católicos. Por eso las nacionalidades de los lombardos y los visigodos no perecieron, sino que resucitaron en las florecientes repúblicas de la Italia septentrional y en las nobles monarquías de la península ibérica; la Iglesia, después de haberlas regenerado, las hizo participar de su inmortalidad.

Aquellos grandes días que vieron a pueblos enteros vestidos con el blanco ropaje de los catecúmenos inclinándose bajo el báculo de los prelados católicos, fueron seguidos de otros igualmente consoladores. Como si todo se uniese para favorecer el restablecimiento de la unidad religiosa en Europa, los bretones y los irlandeses, que rehusaban someterse a la disciplina recibida ya en toda la Iglesia para quedar obstinadamente ligados a ciertas tradiciones nacionales, acabaron por escuchar mejores inspiraciones, e hicieron el sacrificio de sus antiguas costumbres en pro de la caridad cristiana; sus disidencias no habían versado nunca sobre cuestiones dogmáticas, ni

¹ PAUL. DIAC., IV, 42 y 47.

tampoco sobre puntos esenciales de liturgia ni de disciplina; las más graves se referían a la fecha de la fiesta de Pascua, a la forma de la tonsura eclesiástica y a las ceremonias accesorias del bautismo.

Su total aislamiento del mundo cristiano, causado por falta de comunicación entre ellos y el continente durante el período de las invasiones, explicaba por otra parte estas divergencias; es que habían permanecido sin evolución alguna mientras que la Iglesia continuaba marchando. Se habían atrofiado en ellos las instituciones eclesiásticas, mientras que en el resto de la cristiandad continuaban el curso de su vigoroso desarrollo; pero hasta la obstinada fidelidad de los celtas a sus usos anticuados testimonia la pureza de su fe, puesto que tales usos eran de origen católico. Lo más desagradable era que, a fuerza de identificar la causa de la religión con la de su patria, habían acabado por hacer a aquélla responsable de los errores de su patriotismo y por olvidar a la gran familia católica para reconocer solamente su pequeña familia bretona o irlandesa. Éste era el peligro que amenazaba a su vida religiosa; si su aislamiento hubiese continuado, se hubiera visto darse en la extremidad septentrional del mundo cristiano el mismo fenómeno de momificación que ya mostraba Abisinia en su extremidad meridional; el cristianismo irlandés, separado del centro vivificador de la Iglesia, se habría secado, acabando por quedar desconocido.

Felizmente, los misioneros romanos que fueron a convertir a los anglosajones restablecieron las relaciones del mundo civilizado con la raza céltica y revivieron en ésta aquel espíritu de caridad universal que no conoce distinción alguna de fronteras ni de razas. Los bretones dudaron largo tiempo; hasta dejaron sin respuesta los apremiantes llamamientos de San Agustín, que les suplicaba que depusiesen su orgullo nacional para adoptar los ritos de la Iglesia entera y trabajar generosamente con él en la conversión de los anglosajones. "Si rehusáis vivir en paz con vuestros hermanos —les decía—, tendréis que sostener la guerra contra vuestros enemigos, y si no queréis enseñar el camino de la vida a los anglosajones, sus espadas os infligirán castigos de muerte." Los acontecimientos, que se encargaron de realizar muy pronto las amenazadoras profecías del venerable anciano, abrieron por fin los ojos a los bretones¹. Poco a poco, el respeto a la autoridad de San Pedro y el sentimiento de la fraternidad cristiana se sobrepusieron a las preocupaciones nacionales, y todos los grupos célticos se fueron ajustando sucesivamente a la disciplina romana. Los irlandeses del sur se rindieron el año 633 y

¹ BEDA, obra citada, II, 2.

los del norte el 716. En adelante ya no hubo disidencias, y la unidad grandiosa de la Iglesia encontró su expresión en la uniformidad con que, a partir de esta época, todo el mundo católico celebró la fiesta de la Resurrección.

Este remonte gigantesco de la Iglesia en el siglo vi, esta doble serie de grandes triunfos ganados sobre el paganismo y sobre la herejía son uno de los fenómenos más sorprendentes de la historia; en menos de un siglo se ha renovado el teatro del mundo; nuevos actores lo ocupan ahora y representan otro drama; una inspiración superior y única toma posesión del teatro de la vida; todas las fuerzas que hubieran podido poner obstáculos a la acción de la Iglesia desaparecen; sólo ella queda en pie sobre las ruinas de la barbarie y de la civilización, libre por primera vez para modelar según su ideal a las naciones que reconocen su autoridad.

Es entonces cuando sienta las bases del poder que ejercerá durante toda la Edad Media sobre la sociedad europea. Los pueblos que convierte al Evangelio aún no tienen instituciones en el momento en que los acoge en su seno, o no las poseen sino muy imperfectas; a ella acuden a buscar modelo y a encargarle que las organice. Y para que pueda llenar tal misión, la instalarán en sus tribunales, la llamarán a sus consejos y hasta le reservarán algún lugar en sus tronos. Encargada, por la confianza que inspira, de una misión que no es propiamente la suya, la desempeñará, sin embargo, como por añadidura, y durante siglos ocupará en la sociedad temporal la posición preponderante debida a sus servicios. Esto es lo que da a la conversión de los pueblos del siglo vi su gran significación histórica; es más que un mero hecho de orden religioso: es el advenimiento de un régimen nuevo, el comienzo de una nueva civilización. La era del mundo antiguo se cierra de modo definitivo, y parece como si se oyerá girar lentamente sobre sus goznes las puertas que abren el templo de la historia moderna.

¿De dónde le venía aquel ascendiente misterioso que la Iglesia, a partir de un momento dado, conquistó sobre el pensamiento humano, y cómo se explica la prontitud casi fulminante del cambio que acabamos de consignar? Por una especie de *armonía preestablecida*, cuyas leyes misteriosas atraían a los bárbaros hacia la Iglesia al mismo tiempo que impulsaban a la Iglesia hacia los bárbaros. Cualesquiera que fueran los obstáculos que trabaran a esta doble corriente, debían acabar por ceder a su irresistible impetuosidad. Basta abrir los ojos para ver con qué fuerza los bárbaros, a menudo inconscientemente, eran arrastrados por las mejores tendencias de

su naturaleza al seno de la Iglesia católica; lo que se nota en todos los pueblos en vísperas de su conversión es un cansancio inmenso y un desaliento profundo de su pensamiento religioso. Tanto los paganos como los arrianos se encontraban cansados del culto sanguinario de los ídolos o del culto glacial de un Verbo mutilado; en los primeros, el contacto casi diario con la doctrina cristiana había desarrollado bastante la reflexión para quebrantar la creencia en sus dioses, y el mero trabajo interior de la conciencia había de determinar en un momento dado la evolución religiosa. El Dios de los cristianos les llenaba de terror y de respeto; veían hasta qué punto excedía en bondad, en sabiduría y en amor a las divinidades groseras y crueles que habían adorado hasta entonces. Era, por otra parte, el Dios de Constantino y de Teodosio, de Belisario y de Clodoveo, y una raza guerrera no podía rehusar largo tiempo sus homenajes al árbitro soberano de las victorias.

Entre los bárbaros arrianos la confusión y la incertidumbre eran igualmente grandes; las predilecciones doctrinales no habían tenido nada que ver en la elección que habían hecho del arrianismo, y nada entendían de las interminables discusiones que los sofistas de su secta suscitaban a cada instante respecto al Verbo. Su adhesión a la herejía había sido en un principio cuestión de orgullo nacional; pero una experiencia cruel había acabado por desengañarles, y no podían cerrar los ojos a los funestos resultados de la disidencia religiosa existente entre ellos y los romanos.

En fin, que lo mismo los idólatras que los herejes se encontraban atormentados por una misma necesidad de luz y sentían profundamente lo mísero de su condición. Las dolorosas incertidumbres de un Gondebaldo o un Edwin no son hechos aislados en la vida religiosa de los hombres de esta época, y si fuese posible romper la semiclaridad crepuscular que las cubre, se verían seguramente en más de una frente las huellas de las mismas dudas y de las mismas tristezas. El natural de los bárbaros era demasiado sencillo y demasiado verdadero para no sentirse empujado a huir de esta angustia cruel y a refugiarse en el seno de una doctrina que devolviese la tranquilidad a sus espíritus al mismo tiempo que consolase a sus corazones. ¿Qué hay, pues, de particular en que se inclinasen hacia la única religión que les ofrecía a la vez descanso y amor? No les fué difícil volver a encontrar en el fondo de sus conciencias a aquel Dios que predicaba la Iglesia católica, y sacrificaron sin pesar a Arrio o a Wodan ante el Dios de la cruz. La superioridad natural de la Iglesia católica hizo lo demás.

Pero ésta no hubiera ganado ni conservado tantas almas, si se hubiera limitado a dejarlas que viniesen a ella y no hubiese corrido a su encuentro por todos los caminos de la vida; hay que atribuir gran parte de sus admirables éxitos del siglo vi a la propaganda irresistible de la caridad cristiana, cuya acción soberana domaba todas las resistencias y arrastraba todas las voluntades. El celo por la salvación de las almas era como una llama que, ardiendo en el corazón de aquella sociedad, la dilataba y le daba una fuerza maravillosa de expansión; impaciente por comunicar al resto del género humano los tesoros de justicia y de verdad que le habían sido confiados, los sembraba por el mundo con generosidad ilimitada. Las viejas religiones, asentadas como los dioses Términos entre las ruinas de sus santuarios nacionales, asistían con estupor a la invasión victoriosa de aquella extranjera, que parecía haber heredado toda la ambición de Roma y que obtenía más triunfos con sus misioneros que la Ciudad Eterna con sus ejércitos.

En efecto, aun cuando las misiones fuesen como una condición de existencia para una religión cuyo fundador había dicho: "Id y enseñad a todos los pueblos de la Tierra", tomaron, sin embargo, un remonte más considerable a partir de esta época. El Occidente se vió recorrido en todas direcciones por los apóstoles que llevaban a lo lejos la Buena Nueva; los procedentes de las heladas regiones del Norte se cruzan con los que acaban de abandonar los suaves climas del Mediodía; los misioneros romanos penetran hasta en los bosques de Bretaña, los de Aquitania evangelizan a los bárbaros del Escalda y del Mosa, los de Irlanda recorren las soledades más selváticas de Galia y Germania y llegan hasta las estribaciones de los Apeninos; desde el centro hasta las extremidades y desde éstas al centro la corriente ardorosa de la vida religiosa va y viene, fecundando a su paso, por los mil canales que abre por doquier, los desiertos más áridos de la barbarie.

Valdría la pena penetrar tras la Iglesia, en las profundidades de aquella edad lejana, para asistir a la gran obra de regeneración que va a empezar. Pero tal obra se compone de una serie innumerable de sacrificios oscuros y de abnegaciones invisibles, que no han tenido más testigo que Dios, y con relación a los cuales la historia ha de limitarse a conocer los resultados. Los fenómenos de orden moral se dan como los de la naturaleza: en el seno de tinieblas sagradas que ocultan los orígenes de la vida; aun cuando la mirada del hombre pudiera llegar a ellos, no tiene bastante alcance para abarcarlos en su conjunto, ni para discernir a través de su multiplicidad el